

SUPERNIÑA

(MÁS ALLÁ DE PATEANDO LUNAS)

ROY BEROCCAY

loqueleg



1

Volar, cruzar el espacio azul entre las nubes y después bajar en picada.

Abajo, abajo, abajo.

¡Zuuuuuuuuuum!

¡Es un pájaro!

¡Es un avión!

¡No! Es...

—¡Lali!

No, no es que Lali fuera un pájaro. Ni un avión. La que había dicho su nombre era su mamá, que la llamaba para levantarse.

¡Y peor!

La llamaba para levantarse para ir a la escuela.

Bueno, no es que a Lali no le gustara ir a la escuela. Ahí estaban todas sus amigas, sus amigos y también los enemigos, los de sexto A, que eran unos pesados que se la creían y salían al recreo a molestar a todos.

Pero más que nada a los de cuarto.

—¡Lali! Dale que vas a llegar tarde.

–¡Ya voy!

Por suerte faltaba poco para que terminaran las clases. Un par de meses nomás y después vendría el verano. Sí, era octubre, el mes de los poetas, según decía su mamá.

10 Ella le había explicado que había muchas canciones y poemas que hablaban de abril, que abril esto y lo otro y que mucha gente por acá también hablaba de ese mes como algo especial y no se daban cuenta de que los que hablaban o cantaban sobre abril era porque vivían en el norte, ahí es el primer mes pleno de primavera. En cambio acá ese mes es octubre.

Y lo bueno que tenía octubre, además de la primavera, era la Noche de Brujas, claro.

Pero no siguió pensando en eso. Ahora tenía que levantarse y el cuerpo le pesaba dos, tres toneladas. Seguro estaba hechizada por alguna bruja loca que llegó antes de su noche –la vecina nueva que tenía pinta rara, por ejemplo– y ahora iba a llegar tarde.

–¡Alicia! ¡Último aviso!

¡Uy! Cuando su madre la llamaba por su verdadero nombre, era señal de que la aguja de su paciencia estaba por llegar al rojo.

Era una situación extrema. Tenía que levantarse, pero no se podía mover por el hechizo. Pero si hacía fuerza y se concentraba, seguro que sus superpoderes la ayudarían.



A ver... Uno... dos... ¡tres!

¡Sí! ¡Lo había logrado!

Saltó de su cama, pateó su viejo oso de peluche a un rincón, aunque todavía lo quería, se vistió y salió del cuarto corriendo.

¡Pum!

Se dio de frente contra otro oso, este era enorme y salía del baño.

–¡Lali! –dijo el oso riéndose, y se agachó. Sus enormes manos la levantaron en el aire–. Siempre atropellada la señorita hiperactiva–. El oso rio de nuevo.

11

Bueno, no era un oso, era su papá. Oso le decían sus amigos porque era alto y ancho, con manos muy grandes.

Su mamá le contaba que cuando había nacido, casi que entraba enterita en una de las manos de su papá.

Se sentaron a la mesa; había café con leche y pan y manteca y alguna cosa más. No eran de desayunar mucho en su familia.

La mamá tomaba café solo y sin azúcar, mientras con la otra mano escribía algo en unas hojas que estaban sobre la mesa.

–¿Escritos? –preguntó el papá.

–¡Uf! Una pesadilla, capaz que yo hablo en chino y no me entienden cuando les explico las cosas.

Su mamá era profesora de biología. Era medio genia, y sabía mucho sobre muchas cosas. Andaba siempre con carpetas y cuadernos y papeles y libros. A Lali

le habría gustado verla dando clase a un montón de adolescentes llenos de granos con cara de zombis.

Sonrió. Imaginó a su mamá dando clase a un grupo de zombis que la miraban babeando, a algunos les faltaba parte de la cabeza y se les veía el cerebro. Otros tenían un solo ojo y pocos dientes.

–¿Qué pensás, Lali? –La voz de papá oso la trajo a la realidad.

12 –Capaz que los alumnos de mamá son zombis y por eso les cuesta. No les da el cerebro.

Los tres rieron.

–A veces lo pienso –dijo la mamá.

El papá terminó un pedazo de pan.

–¿Y cómo está aquel asunto de las chicas?

–Están tranquilas... por ahora.

–¿Qué chicas? –quiso saber Lali.

–Nada, unas que se pelearon.

–¿Se pelearon discutiendo o pelearon pelearon?

–Se agarraron a las piñas en una de mis clases.

–¿Y vos qué hiciste?

–Por suerte no tuve que intervenir, los compañeros las separaron. Es complicado porque se supone que no podemos tocar a los alumnos, entonces en esas situaciones no sabés bien qué hacer.

Lali imaginó a dos chicas rodando por el piso, entre los bancos, gritando.

Su mamá le había dicho que a veces en su liceo se peleaban más las mujeres que los varones.

Lali suspiró, por suerte todavía le faltaban dos años para terminar la escuela e ir al liceo.

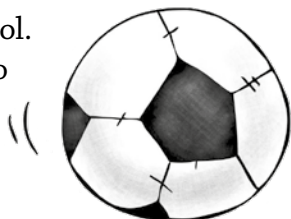
Estaba recontra orgullosa de su mamá. Zaira, una compañera de su escuela y además mejor amiga, tenía un hermano que estaba en una de las clases de su mamá, y le contó que todos decían que era la mejor profe del mundo y que era a la que siempre le iban a contar sus problemas o pedirle ayuda.

También estaba re orgullosa de su papá, claro. Era así, grandote, bueno y tranquilo. Era muy difícil hacerlo enojar. Cuando iba por la calle con él, o cuando lo acompañaba a su pequeño estudio de grabación, sentía que nada podía hacerle daño. ¡Y daba los mejores abrazos de oso del mundo!

Una vez Lali le había preguntado a su mamá cómo se habían conocido.

Ella le contó que se conocían desde siempre. Que iban a la misma escuela, pero que durante un tiempo no se llevaban nada bien. Es más, no se podían ni ver. Bueno, más o menos, porque su papá siempre la peleaba, pero en realidad era porque gustaba de ella y hasta le escribía poemas llenos de faltas.

Cuando era chica su mamá jugaba muy bien al fútbol. Aunque al principio no la dejaban porque decían que el fútbol no era cosa de niñas. Pero



se mantuvo firme y logró hacerlo. Todavía lo hacía. Cada tanto se juntaba con sus amigas, alquilaban una cancha y después se iban a comer y tomar cerveza por ahí.

Por eso su mamá bromeaba y decía que el fútbol engordaba.

Volvió a pensar en la historia que le contaron.

Como gustaba de ella, su papá un día la desafió a un partido de fútbol. Si ganaba él, ella tenía que ser la novia.

14

Pero el partido lo ganó la mamá, que además hizo el gol de la victoria.

Se hicieron novios tiempo después, en el liceo.

Él había cambiado bastante.

Ya nadie le decía como en la escuela cuando lo llamaban el Gordo Enemigo.

Ahora él era Rogelio. O el Oso, como le decían sus amigos.

Y ella era la profe, o mamá, o Mayte.

Estuvieron juntos todo el liceo y después ella estudió para profesora y él, que había intentado tocar el bajo en una banda durante un tiempo, se puso a estudiar sonido y un día armó un estudio no muy grande en una casa vieja.

A Lali le gustaba ir ahí a veces y ver cómo su papá manejaba todos esos aparatos y perillas mientras al otro lado del vidrio alguien tocaba la batería o cantaba.

Era gracioso cuando de pronto su papá apagaba la música y ellos estaban ahí, mirando por el vidrio. Entonces escuchaban nada más que la voz de un cantante. Quedaba rarísimo cuando a una canción de golpe le sacaban la música. ¡Los cantantes a veces desafinaban horrible! Como gatos atropellados por un camión. Pero su papá le mostraba que con un toquecito aquí y allá en una pantalla podía disimular esas cosas.

El desayuno terminó y como todos los días, salvo sábados y domingos, claro, fue a la escuela, volvió, jugó un rato, miró la tele, cenó y se fue a acostar. Un día rápido, que se dice.

Esa noche, antes de dormir, Lali volvió a imaginar que era una súper héroe o heroína. Ahí en su cuarto tenía afiches de varios de sus héroes favoritos. Los miró. Uno de ellos trepaba paredes y disparaba telarañas, Spiderman; le gustaba tanto que un año atrás sus padres le habían regalado el disfraz. Lali se acordaba, el disfraz y una pelota de fútbol, en lugar de las cosas que le regalaba la prima de su madre: cocinitas y cosas así.

Volvió a mirar los afiches y pensó en qué clase de poderes le gustaría tener.

¿Volar? Estaba bueno, pero había que poner atención para no chocar con pájaros o aviones ni otros súper héroes o heroínas.

¿Tener mucha fuerza? Podía servir para abrir el tarro de dulce de leche, por ejemplo.

¿Ser ultra recontra rápida? ¡Eso sí que estaba bueno! Correr como el viento, así fuuuuushh, para allá y para acá fusssshhh. Como Flash. Pero ese no volaba.

Dudó, ¿volar o no volar?

Ella era muy rápida y por lo general, si jugaban carreras las ganaba o por lo menos salía segunda si justo corría también su amigo Paco, que era el más veloz de la escuela.

Pensó en tener visión de rayos X.

16

Dudó, los rayos X hacían que se le pudieran ver los huesos a las personas, el esqueleto. No, no le gustaría andar por ahí viendo un mundo lleno de esqueletos caminantes. Aunque sabía que ahí adentro de su cuerpo, ella también tenía uno.

Genial. Ahora no iba a poder dormir. Pensar en esqueletos le dio miedo.

Agarró un libro y pasó las páginas mirando los dibujos nada más. No tenía tantas ganas de leer en ese momento. Bostezó.

Al final se durmió. Capaz que soñó con volar o correr muy rápido.



2

Era viernes. El patio estaba repleto de túnicas y moñas. Bueno, y niñas y niños dentro de esas túnicas con moñas, si no habría sido más bien como una asamblea de fantasmas.

Lali estaba recostada contra una pared, charlando con Zaira y Paco Peque.

Paco Peque se llamaba Francisco, y le decían así porque era el más bajito de la clase. No es que se burlaran de él ni nada, y a él no le molestaba. Todo había empezado porque en la clase había dos niños con el mismo nombre y un día la maestra pidió que Francisco pasara al pizarrón.

Se levantaron los dos, entonces la maestra, para evitar confusiones, dijo que pasara Francisco pequeño.

Todos rieron. Y desde ese día, como le decían Paco, pasó a llamarse Paco Pequeño al comienzo y después Paco Peque, porque era mucho más práctico.

A Paco no le enojaba que le dijeran así porque era un niño muy inteligente y seguro. No le molestaba ser

pequeño porque era el más listo de la clase. Y también el más rápido: nadie, nunca jamás, le ganaba una carrera hasta el muro de allá y vuelta. Bueno, Lali a veces casi que lo alcanzaba y por momentos lo pasaba, pero como una moto humana él aceleraba al final y terminaba ganando.

Zaira por su parte era más grande que las demás y ya parecía casi una adolescente. Era charlatana y también de esas que se enojan seguido y por cualquier cosa. Tenía como se dice un carácter muy fuerte y pocos se animaban a meterse con ella.

Salvo los de sexto, claro. Pero incluso ellos no se la jugaban mucho y a veces le decían cosas, pero sin acercarse demasiado, los muy *bocasucias*.

Obvio que Lali no contaba en su casa todo lo que pasaba en la escuela. Conocía a su madre y sabía que era de las que no se guardaban nada y no quería verla un día ahí discutiendo con la directora porque unos varones bastante salames les decían cosas a las niñas de cuarto.

Pero ese día, capaz que por la humedad o porque sí, Jonás, uno de los capos de sexto, andaba con ganas de molestar más de la cuenta.

–Me parece que vamos a tener problemas –dijo Paco Peque.

Lali vio que Jonás y tres de sus seguidores venían hacia ellos. Era como en esas películas, cuando los malos entran al pueblo y caminan por la calle principal

y la gente cierra las ventanas y esconde a los niños. Faltaba la música de suspenso nada más.

Lali suspiró. ¿Por qué había gente así? ¿Acaso no les llegaba oxígeno al cerebro? Su mamá, cada tanto, le explicaba cosas sobre cómo funcionaba el cuerpo humano.

–Creo que viene por mí –susurró Zaira y respiró hondo.

El grupo llegó hasta ellos. Jonás se cruzó de brazos y miró fijamente a Zaira. Su mirada era extraña, parecía de enojo, pero también tenía mezclada otra cosa.

–No sé cómo podés caminar con todo ese peso –dijo Jonás y los otros rieron, porque ese era su trabajo: reírse de todo lo que dijera su líder, aunque fueran estupideces como esa.

Se refería a que Zaira era medio rellenita. Bueno, no toda ella, sino más bien en la parte que usaba para sentarse, y eso dos por tres le valía algunos comentarios de ese tipo.

Lali pensó si su papá habría sido así con su mamá en la escuela. Entonces una idea le vino a la mente: ¡Jonás gustaba de Zaira! ¡Esa era la otra cosa que había en su mirada!

–Y yo no sé cómo podés hablar sin tener cerebro –contestó Zaira.

–¿Me estás tratando de tarado?

–Perdón, mal yo, veo que tu cerebro entiende las indirectas, al menos las muy fáciles –Zaira era muy filosa con las palabras.



Jonás pareció confundido.

–¿Me estás tratando de bobo?

–¿Te estás metiendo conmigo? –preguntó Zaira.

–Sólo estaba hablando.

–¡Jonás gusta tuyo! ¡Jonás gusta tuyo! –exclamó Lali casi cantando.

Él se puso colorado.

–¿Qué estás diciendo? –y a continuación un insulto.

–Sí, ¿qué decís? –Zaira tampoco estaba copada con la idea-. ¡Si este es el más feo de la escuela!

–¡Jonás gusta de Zaira, gusta de Zaira! –canturreó Lali.

–¿Este cerebro de mosquito? –se burló Zaira.

Entonces pasó algo, algo que nunca había sucedido antes. Capaz era porque le dio mucha vergüenza o porque sus compañeros se reían de él.

Jonás le empezó a decir a Zaira malas palabras, de esas bien pero bien feas, como ametrallándola con ellas, y después, cuando ella, con la cara roja y los ojos llenos de lágrimas, le iba a contestar, la empujó violentamente. Zaira cayó hacia atrás y quedó sentada en el piso con cara de sorpresa y un dolor que no era físico.

Entonces algo como una enorme burbuja surgió dentro de Lali, subió veloz a la superficie y explotó al llegar.

De pronto, sin entender qué sucedía, Lali gritaba y empujaba a Jonás, que retrocedía un paso, dos pasos, ante aquel remolino de furia, mientras otros niños miraban asombrados.

Lali gritaba toda clase de cosas, incluso palabras que no sabía que sabía. Estaba furiosa, sacada, sus ojos brillosos, sus brazos moviéndose veloces, casi como hélices.

–Yo... yo... –Jonás levantaba las manos para protegerse la cara del torbellino de manos que giraba delante suyo.

22 Entonces Lali le tiró una patada, pero no llegó a destino porque Zaira, que se había levantado en seguida, la agarró de la túnica y tiró hacia atrás.

El que sí llegó a destino fue Paco Peque, que se lanzó en embestida como un toro en miniatura, la cabeza inclinada hacia adelante, y dio en el blanco. Justo ahí.

El grito de dolor atravesó el patio. Jonás se dobló y cayó al suelo, de rodillas, agarrándose donde lo había golpeado Paco Peque.

Niñas y niños se agolparon alrededor. Algunos reían. Los secuaces de Jonás se hicieron los distraídos y se alejaron.

Una maestra llegó corriendo. En seguida otra.

–¿Qué pasó? –preguntó Laura, la primera en llegar, que era la maestra de su clase.

–¡Me pegó, me pegó! –gritó Jonás doblado y casi llorando.

–¿Quién te pegó? –preguntó la segunda maestra.

–¡Él!

Todos los ojos miraron hacia donde señalaba la mano.

Paco Peque sonreía, tenía la cara roja y sudaba, pero parecía orgulloso.

–¿Él? –Laura, la maestra, parecía no creerlo.

–¡Sí, fue él!

Jonás se puso de pie, pero todavía estaba doblado por el dolor.

Las maestras se miraron. Lali podía ver que estaban tratando de aguantar la risa. El grandote de sexto derribado por el pequeño. Había una historia muy antigua que hablaba de algo así.

Laura miró a Zaira y a Lali.

–¿Ustedes vieron qué pasó?

–Creo que chocaron –dijo Zaira.

–Sí, estaban jugando a eso que es como el fútbol, pero con las manos y una pelota ovalada –dijo Lali haciéndose la lista.

–¿Rugby?

–Sí, eso, y Paco lo derribó jugando.

–¡Mentira! –se quejó Jonás.

Zaira abrió la boca. Lali pensó que iba a contar lo que Jonás le había dicho. Pero no. Su amiga se quedó callada.

La ley del patio: no se delata a los compañeros.

Jonás no estaba respetando la ley del patio y eso hacía que entre el grupo de niños surgieran aquí y allá algunos comentarios, no muy fuertes porque muchos le tenían miedo.

–Buchón.

–Alcahuete.

–Delator. –Había niños bastante estudiosos en esa escuela.

Jonás se dio vuelta a ver si descubría quiénes le decían esas cosas, y todos se quedaron calladitos.

Lali sabía que una cosa era decir algo sin que te vieran, como pasaba en internet, y otra era decírselo a alguien en la cara. Su papá siempre decía eso.

24 –Vamos a tener que ir a la dirección –dijo la segunda maestra.

Y allá marcharon.

Era gracioso ver a Jonás, el grandulón, de un lado de la maestra, y a Paco Peque del otro, ambos marchando hacia la dirección.

Seguro que Paco se convertiría en el héroe de la escuela.

–¿Por qué me agarraste? –preguntó Lali.

–No sé, fue de golpe, no quería que te metieras en un lío por mi culpa. Era asunto mío.

–¿Y vos qué culpa tenés de que haya gente así?

–Es algo de familia –suspiró Zaira–, tendrías que ver a mi tía, no podés andar en la calle con ella porque le dicen de todo, le tocan bocina, es horrible.

Lali se quedó pensando. ¿Por qué las cosas tenían que ser así? ¿Cómo sería cuando ella fuera grande?

Bueno, ella iba a ser una súper héroe o heroína o como se dijera, y nadie se iba a meter con ella. Si alguno se hacía el gracioso o le decía una grosería, ¡zap!

Lo congelaría con sus superpoderes o lo convertiría en ratón.

Se quedó pensando. Lo último era más bien cosa de brujas.

Sonrió. Capaz que volar en una escoba y tener poderes mágicos estaba bueno también.

–¿Qué es mejor, ser bruja o superhéroe?

Zaira la miró extrañada.

–¿Bruja o superhéroe? Mirá que se te ocurren cosas a vos.

–Mi mamá tiene un tatuaje de una bruja –explicó Lali–, es una bruja pequeña volando en una escoba. Lo tiene en la espalda a la altura de un hombro.

–¿Ah, sí? ¿Y por qué?

–Me dijo algo sobre el poder de las mujeres, no entendí bien.

Más tarde, cuando sonó el timbre y agarraban sus mochilas, Zaira se le acercó.

–¿Querés venir a casa a jugar?

Vivían en la misma cuadra pero en aceras diferentes. Su calle tenía una larguísima bajada que desembocaba allá lejos en una gran avenida.

–Capaz que más tarde voy, tengo que ordenar mi cuarto.

–¡Uf! Entonces no sé si te veo hasta dentro de un mes –bromeó Zaira.

Salieron a la vereda, Paco Peque iba al lado de ellas. Siempre lo hacía, al menos hasta llegar a la esquina

donde doblaba para el otro lado. Por lo general Paco hablaba bastante, pero ahora iba en silencio. Capaz que estaba pensando en su gran hazaña o estaba atento por si aparecía la banda de Jonás.

–Gracias –le dijo Zaira.

–Sí –agregó Lali –fuiste muy valiente, aunque yo también lo podía derribar.

–No le tenía miedo, mi papá siempre me dice que los que se meten con las mujeres son unos cobardes, aunque sean grandotes.

26

–Bueno, nos vemos mañana –saludó Lali.

Había sido un día movido en la escuela.

Pero no tan movido como los días que, como esas tormentas que se ven relampagueando en el horizonte, muy pronto llegarían.